

LA TEORIA Y LA PRACTICA EN POLITICA CONSIDERADAS POR UN HISTORIADOR DE LAS DOCTRINAS POLITICAS

I. POSIBILIDAD DE ESTUDIAR EL TEMA PROPUESTO, EN EL PLANO HISTÓRICO

La primera consideración que suscita el tema que vamos a estudiar se refiere al designio con que se propone. Y hay que advertir ante todo que a este respecto cabrían algunas dudas: ¿Qué queremos estudiar? Evidentemente queremos estudiar ciertas relaciones. Los objetos de dichas relaciones se indican con las palabras «teoría», de una parte, y «práctica», o también «praxis», de otra. Se nos indica igualmente el ámbito de tales relaciones. Pero aquí la indicación se encuentra expresada de forma diversa: en ciertos casos se habla de «materia política» y en otros de «ciencia política». Las palabras traicionan probablemente al pensamiento.

La verdad es que estamos apenas en el inicio de una semántica política. Nos encontramos entre lo antiguo y lo nuevo; de un lado hacen sentir su peso las significaciones tradicionales, que queremos, por lo demás, someter a revisión sustancial; por otro lado no poseemos todavía una tabla de valores semánticos capaces de indicarnos con exactitud lo que queremos expresar con nuestro lenguaje, que está todavía demasiado cargado de alusiones de las que no conseguiremos liberarnos. Decimos «praxis» y el pensamiento corre a Marx y a sus tesis sobre Feuerbach; pero desde el momento en que decimos «práctica», nuestro pensamiento va a Benedetto Croce y a sus grados de filosofía del espíritu. Evidentemente, en nuestro caso las dos referencias son impropias y no se trata más que de sugerencias fácilmente explicables. Pero también cuando decimos «teoría» nos damos cuenta que para nues-

tro estudio el sentido que adoptemos puede dar lugar a algunas incomprensiones. Por ejemplo: al decir «teoría», ¿queremos referirnos a un conjunto de reflexiones, de razonamientos, a propósito de un problema particular, distinguiendo la teoría de la «doctrina» que, según la definición kantiana, constituye una coordinación de conocimientos, de juicios?; también en este caso se trata quizá de sugerencias que el oído más que la mente tiene tendencia a experimentar. Aún más: «la teoría excluye a la ideología»?; por la palabra «ideología» ¿conviene entender algo distinto, independiente, con caracteres propios? En el Congreso de Ciencias Políticas de La Haya de 1952 se afrontó el problema; pero hay que admitir que subsisten muchas dudas. A pesar de todas las definiciones que puedan darse de «ideología», es necesario admitir —como Lasswell hace notar— que un cierto fondo doctrinal existe siempre en ella. Por otra parte es obvio que en nuestro estudio no se puede prescindir de la ideología, cuya fuerza de impacto sobre la acción es mucho mayor que la que puede tener una teoría o una doctrina.

Pero esto no es todo. Hay por lo menos otras dos cuestiones previas que conviene citar (y no decimos que conviene examinar porque su estudio sería demasiado largo). La primera es ésta: cuando decimos «teoría», aunque sea en el significado más amplio que pueda darse al término, ¿queremos referirnos a cualquier teoría filosófica, económica, científica, etc., o queremos referirnos solamente a la teoría política? A los fines que se propone nuestra investigación hemos de pensar que aunque el acento deba ponerse prevalentemente sobre la teoría que genéricamente llamamos «política» con el lenguaje común, no puede excluirse, sin embargo, eventuales referencias a teorías de otra índole, las cuales ejercen también influencia notable sobre la acción política (piénsese, entre otras, en las recientes teorías físicas).

La segunda cuestión es la siguiente: ¿nuestra investigación tiene por objeto descubrir la correlación de fines que existen entre teoría y práctica? En otros términos: ¿quiere investigar los términos de una eventual identidad de fines entre el conocimiento político y la acción política? Como se sabe, las discusiones sobre tal tema son de tono muy variable: mientras que algunos estiman que el conocimiento político es esencialmente pragmático, según otros no lo es más que hasta un cierto punto, incluso nada en absoluto.

Esta última consideración hace pensar que el ámbito en el que se quiere estudiar la relación es precisamente el de la ciencia política. Pero cuando se ha dicho «ciencia política» no se ha dicho gran cosa; también aquí las dificultades y las dudas son apremiantes. Y lo son, no porque se quiera poner en duda la necesidad de tal ciencia, sino porque nos encontramos apenas en el comienzo de una construcción que parece en todo momento a punto de derrumbarse sobre nuestras cabezas. Continuamos hablando lenguajes diferentes, pero aquí no se trata solamente de una cuestión de semántica, se trata de una cuestión de orientaciones y de métodos. Habría que averiguar con certeza si existe un sabio puro de la política, o si también el filósofo, el historiador, el economista, el sociólogo y el jurista pueden aportar su contribución a la edificación de la ciencia política. El autor de estas consideraciones es de la opinión de que estos especialistas pueden contribuir con aportaciones de algún valor; el autor es un historiador y, sin querer «sofocar» (la expresión es de Robson) la ciencia política con la historia, cree que la historia, y en particular la historia del pensamiento político, puede ser de alguna utilidad a la ciencia política.

2. LAS IDEOLOGÍAS Y LAS «ELECCIONES»

Las breves consideraciones que se han hecho hasta aquí pueden ser válidamente contrastadas en el artículo del profesor Djordjevic (1). Hay que hacer constar que este eminente especialista ha buscado todas las hipótesis que el tema podía sugerir. Su análisis merece tanto más nuestro elogio, cuanto más arduos han sido sus esfuerzos para identificar los términos del problema. Se debe probablemente a este escrúpulo suyo de comprobación de aquellos términos el que haya sido inducido a considerar los aspectos bipolares del problema. En efecto, el profesor Djordjevic ha querido utilizar dos métodos diferentes de análisis: uno filosófico y otro empírico. Es indudable, por otra parte, que sabe perfectamente —y demuestra claramente que lo sabe— que la diversidad de estos dos métodos es solamente aparente y que deberíamos estar todos de acuerdo en pensar que hay siempre una pre-

(1) Publicado en el núm. 103 de la REVISTA.

misa teórica, o incluso filosófica, en la valoración empírica de los problemas políticos. Sabe, y demuestra saber, que también lo que nosotros los historiadores llamamos «sentido histórico» —es decir, el entendimiento de la realidad sobre el plano histórico— tiene una importancia en las investigaciones de ciencia política. Y sabe, y demuestra saber, que no hay nunca posibilidad de permanecer fríamente apartado cuando se discute, incluso en el plano científico, problemas políticos; porque llega un momento en que cada uno ha de hacer su elección, y toda elección implica una actitud particular. No diremos, para no confundir las ideas más de cuanto ya lo están, que una elección, una actitud, implican la aceptación de una ideología, ni que son el efecto de una presión ideológica. De cualquier manera que se quiera definir la ideología, deberá distinguírsela de lo que es la tendencia de un investigador a considerar válida cierta solución en lugar de otra. Las tesis sostenidas por el autor en lo que concierne al valor y a la significación intrínseca de la ideología podrían igualmente inducir a considerar la tendencia, la elección, como una revelación ideológica, como la presencia necesaria y quizá fatal de una ideología en el curso de todo estudio de política. Pero no es esto lo que se quiere subrayar. Queremos decir que el autor además ha indicado una serie de cuestiones de gran interés y demuestra haber hecho su elección; en suma, ha hecho leal y francamente una profesión de fe, la cual justifica o por lo menos explica muchas de sus tesis. Se puede, ciertamente, no compartir esta profesión de fe, pero hay que apreciar su sinceridad.

3. A PROPÓSITO DE CIERTOS PROBLEMAS DE LA EXPERIENCIA HISTÓRICA

Las observaciones aludidas hasta aquí conciernen a ciertos problemas de fondo de la ciencia política. No podremos ocuparnos aquí de ellos en razón del demasiado amplio desarrollo que necesitarían. El tema propuesto como objeto de estudio será aquí esencialmente considerado desde el punto de vista histórico; sin separarlo, bien entendido, siempre que sea posible, de la necesidad de una presentación científica de la política.

Pero las dificultades no faltan, incluso dentro de tales límites. Aparte la ya citada del lenguaje, el cual después de todo

varía según el sector de estudio y a veces no presenta ni siquiera la apariencia de una afinidad superficial para las diversas disciplinas y los diversos sectores de trabajo, las mayores dificultades, para el historiador, consisten en la necesidad de saber liberarse prudentemente de ciertas sugerencias y de ciertas referencias a la experiencia histórica.

Por ejemplo, el tema propuesto, al menos en su acepción más fácil, podría aparecer como poco nuevo a los ojos del historiador. Ciertamente el historiador sabe que la historia no enseña nada, pero sabe también que muchos problemas —incluso de diversos modos— han sido planteados de modo similar en tiempos lejanos. En este caso, el historiador de las doctrinas políticas puede inclinarse a recordar que Aristóteles, al principio del libro II de la *Política* —cuando se propone investigar cuál puede ser la mejor forma de gobierno— dice que conviene considerar el contenido de las otras constituciones, tanto escritas como imaginadas, es decir, concebidas por los filósofos, estableciendo así una relación entre la teoría política y la constitución política. El historiador podrá también recordar que Kant trató nuestro tema —ciertamente con intención distinta de la que nos hemos propuesto— en su trabajo: «A propósito de la expresión común: esto puede ser cierto en teoría, pero no vale en la práctica,» especialmente en la segunda parte que se titula: «De la relación de la teoría con la práctica en el Derecho político». Finalmente, el historiador podrá igualmente recordar que los escritores políticos del Renacimiento hablan de «práctica» para indicar el actuar y el hacer distinto del pensar, tanto para la colectividad como para los individuos.

Esta última referencia conduce a plantearse otro problema: cuando hablamos de teoría y de práctica ¿queremos referirnos exclusivamente a la relación que puede establecerse —si se puede establecer— entre una cierta corriente de ideas, entre una teoría o un conjunto de teorías y un cierto momento histórico, un momento particular de la Historia? ¿O queremos referirnos igualmente a la influencia, para citar un caso, que una teoría dada o un cierto grupo de teorías ha ejercido sobre una personalidad política aislada, cuya acción debe ser considerada como decisiva, incluso como capital, en el curso de un período histórico o determinado? En otros términos: ¿el problema puede pasar de un plano más amplio y en un cierto sentido impersonal, a un plano más

restringido, concierne a una sola personalidad? Puede ser que sí: el problema puede desplazarse en tal sentido, devolviendo entonces a la personalidad un papel en la historia, papel que demasiado a menudo estamos inclinados a negar. Otro problema consecuente de éste, al que ya ha aludido Mannheim, se presenta ahora: el hombre práctico se encuentra obligado, a menudo, a adoptar actitudes e incluso a elaborar fórmulas sin tener ninguna referencia científica; en este caso ¿cuál es la relación que puede establecerse entre tal hombre y el teórico, el intelectual, que se encuentra prisionero de los esquemas de su propia ciencia?

Todavía entre los numerosos problemas que podrían plantearse se presenta otro fundamental: Cuando hablamos de «práctica» ¿queremos referirnos esencialmente a las acciones y a los acontecimientos en su desarrollo flúido, o también a ciertas instituciones que son el resultado de acontecimientos políticos, sociales, históricos y que en su momentánea cristalización acusan igualmente los movimientos de pensamiento y de cultura de los que precisamente han surgido?

A este propósito hay que señalar que, aunque sea con los cálidos tonos suscitados por la pasión política, alguna tentativa de identificación de los lazos existentes entre la teoría y la práctica —en el sentido anteriormente indicado— se produjo ya a fines del siglo XVIII, cuando la Revolución americana y todavía más la francesa, aparecieron como expresiones de corrientes de ideas bastante evidentes. Se podría igualmente señalar que fué en aquella ocasión cuando, probablemente por primera vez, la teoría y la filosofía en particular demostraron sus conexiones con la realidad política, encontrándose incluso enteramente inmersas en esta realidad. (Aunque en un sentido más amplio algo semejante podría decirse remontándose hasta Platón.)

4. LO VERDADERO Y LO FALSO EN LAS TEORÍAS POLÍTICAS

Entre los temas que han sido propuestos en la relación general conviene subrayar de un modo particular uno de ellos: el relativo a la posibilidad de distinguir entre las teorías políticas erróneas y las teorías políticas verdaderas, entre las teorías políticas incorrectas y las teorías políticas correctas. El que esto escribe propuso en 1928 este problema en el curso de una primera ten-

tativa de metodología de la historiografía de las doctrinas políticas: al plantear este problema negábamos la oportunidad de tal distinción, que hasta cierto punto es válida para otras ciencias. La atención que ha podido notarse en estos últimos tiempos hacia las ideologías, las fórmulas políticas e incluso los mitos políticos y sociales podría ya constituir una demostración de que semejante distinción es imposible.

Del mismo modo diversas tentativas de calificación de las teorías en buenas y malas se han demostrado sin valor. Los dos casos más frecuentes son: primero, juzgar la teoría según los efectos obtenidos a consecuencia de su aplicación práctica; segundo, intentar juzgar una teoría independientemente de su aplicación y por lo tanto, según lo que parece valer en sí misma. En el primer caso el juicio está referido al éxito alcanzado o al fracaso comprobado, de modo que una teoría es declarada buena si en el terreno práctico ha sido coronada con el éxito, y es estimada como mala si su puesta en práctica se traduce por un fracaso. En el segundo caso se formula un juicio de valor independiente del efecto, del éxito, pero referido a ciertos criterios (de moralidad, de legitimidad, de adaptación a ciertos principios políticos generales) que se adoptan como medida del juicio. Es claro que actualmente nadie se contenta ya con la primera manera de juzgar, que algunos quisieran hacer remontar a Maquiavelo y que encuentra, como es sabido, su mayor teórico en Treitschke. La segunda forma de juzgar es objeto también de muchas reservas. Se ha hablado ciertamente de una «neutralidad» en el terreno de la ciencia política, neutralidad que debería conferir la capacidad de juzgar el bien y el mal —e incluso lo verdadero y lo falso— sobre la base de criterios empíricos de una indiferencia absoluta. Sin embargo, cuando se quiere identificar y fijar tales criterios, no se consigue dar de ellos ni una definición, ni una indicación válida. De modo que el problema continúa en el punto de partida, pero con la particularidad de que desde distintos puntos de vista hay que estar de acuerdo en que no puede prescindirse de los juicios de valor que precisamente se intentaba negar.

De ello se deduce que probablemente lo que es verdadero o falso, correcto o incorrecto, bueno o malo, en las teorías políticas puede ser entendido no tanto según fórmulas, medidas y principios que se bastan a sí mismos, cuando según la posibilidad de

aplicar dichas teorías sin negar por ello otros principios sólidos y valederos. Por ejemplo, la famosa teoría de la autodeterminación de los pueblos no puede ciertamente considerarse falsa, injusta y mala; sin embargo, su esfera de aplicación está condicionada por otros factores y deberes referida, al menos en el tiempo, a diversos principios que no pueden ser puestos en peligro (la paz, la libertad, etc.).

En política lo verdadero y lo falso no pueden valorarse siempre según una visión parcial, unilateral y separada de la realidad. Conviene añadir incluso que a menudo, por no decir siempre, continúa siendo exacto el viejo proverbio según el cual lo que puede parecer falso hoy resultará verdadero mañana. Sin embargo, existe una falsedad que es siempre falsedad: la de los insensatos, de los falsos apóstoles, de los embrollones, de los ignorantes.

5. NOTAS SOBRE ALGUNOS PROBLEMAS A PROPÓSITO DE LA TEORÍA Y DE LA PRÁCTICA EN POLÍTICA

Es posible apreciar en política la existencia de una relación entre la teoría y la práctica en el plano histórico, incluso en un sentido inverso de aquel del que hemos estado hablando hasta este momento; es decir, considerando la influencia que la vida histórica, las instituciones, la realidad política y social de una época determinada ejercen sobre el nacimiento y la elaboración de las teorías. Esta relación ha sido examinada también muchas veces; se admite habitualmente que numerosas teorías, si no todas las teorías, son expresiones no únicamente del tiempo en el cual nacen, sino también de los intereses, de las circunstancias, del medio ambiente que indudablemente les ayudan a nacer. El teórico puede creer que vive en la soledad y el aislamiento —Maquiavelo en S. Casciano, Rousseau en L'Ermitage, Marx en su pobre casa londinense—; pero en la mayoría de los casos el teórico es no sólo continuador de una experiencia ya comenzada (existe un premaquiavelismo, un prerroussoísmo, un premarxismo, etc.), sino que sobre todo es intérprete de un mundo y de una situación histórica de la cual él termina a veces por convertirse en el símbolo, tanto si se trata de innovar como si se trata de conservar. Porque importa subrayar este punto: existen teo-

rías revolucionarias y teorías conservadoras, y éstas son tan válidas como aquéllas. Igualmente importa añadir que «revolución» no significa siempre «innovación», porque existen igualmente teorías reaccionarias.

Aunque las grandes teorías sean casi siempre voces más o menos sonoras del tiempo, no es menos verdad que a veces se separan en un determinado momento del medio histórico en el que han nacido, pareciendo adquirir entonces una especie de existencia autónoma, una duración ultratemporal. De esta comprobación es posible extraer un cierto número de consideraciones.

La primera de ellas es la siguiente: el estudio de las teorías políticas debe hacerse ciertamente en relación con su propio tiempo; pero debe especialmente hacerse observando estas teorías según su curso, según su corriente, según su desarrollo, a la manera de un hilo que se devana de su madeja para llegar hasta nosotros. En otros términos, este estudio es distinto del que emprende un historiador no especializado, porque tiene métodos particulares y límites específicos; dicho de otro modo, la historia de las doctrinas políticas no se resuelve en la historia política, se separa de ella y adquiere así autonomía.

La segunda consideración es ésta: diversas teorías en momentos históricos sucesivos y en ciertos medios ambientes se deforman, toman —en el calor de la acción— aspectos y caracteres absolutamente diferentes de los que originariamente les eran propios. Basta pensar en las interpretaciones, por no decir deformaciones, que ha sufrido el pensamiento de Maquiavelo en estos últimos siglos. La teoría se convierte en ideología, incluso en mito, porque la ideología y el mito tienen una carga explosiva que la teoría no posee. Sin embargo quedan siempre huellas y vestigios de la teoría.

Otra consideración: ocurre a veces que los acontecimientos y los hechos «buscan» a la teoría. Se tiene a veces —e incluso a menudo— necesidad de una justificación teórica, de un punto de apoyo para la acción. Si no se trata de encontrar una especie de blasón para ennoblecer una iniciativa o una construcción, puede decirse que en la mejor de las hipótesis se trata de una curiosidad histórica: descubrir en el pasado los precedentes teóricos de una empresa, de una realización. Después de la primera guerra mundial, cuando fueron colocadas las bases de la famosa

Sociedad de Naciones, se descubrió escarbando en las cenizas y ruinas del pasado, que desde los tiempos antiguos muchos habían preconizado una institución semejante.

En esta búsqueda que estamos inclinados a realizar, a propósito de los precedentes teóricos de una cierta realización práctica, se encuentran íntimamente mezclados lo verdadero y lo no verdadero; en otros términos, es exacto que ciertas ideas son antiguas en sus enunciaciones generales, pero conviene desconfiar de las imitaciones y de las adulteraciones.

Entre todas las consideraciones que este tema podría sugerir hay todavía una que conviene comentar. Muchas veces nos encontramos frente a teorías cuyos orígenes desvelamos con dificultad. Ocurre incluso que descubrimos en primer lugar la «práctica» de estas teorías y en un segundo momento sus enunciaciones, como ha acontecido, para no citar más que un ejemplo, con el principio del equilibrio en Europa. Otras veces, al contrario, teorías particularmente dispares e incluso discordantes entre ellas, nacen de acontecimientos que son la característica de una época, como ha ocurrido en el período histórico del último siglo, que es comúnmente llamado el del despertar de las nacionalidades. Como se sabe, las teorías que conciernen a la nación son muy numerosas y muy divergentes unas de otras. Individualizarlas buscando sus orígenes y sus caracteres, aislándolas de la confusa maraña de las ideas, he aquí una empresa que no ha sido todavía intentada.

Pero en este terreno queda mucho por hacer: para no decir que todo debería ser reconsiderado enteramente en un examen atento y perseverante.

CARLO CURCIO

De la Universidad de Florencia

(Traducción de MARÍA TERESA SANGHO MENDIZÁBAL.)

R É S U M É

L'un des premiers problèmes qui se présente lorsqu'on étudie les relations de la théorie et de la pratique en politique du point de vue historique est celui de la difficulté d'appliquer avec exactitude le mot approprié. Avant tout il faut préciser dans quelles

limites on veut étudier ces relations, ce qui est précisément ce que nous appellons "science politique". Celle-ci n'est pas seulement propre du savant spécialisé en science politique. L'historien, le juriste, le sociologue peuvent contribuer efficacement à son étude.

La plus grande difficulté pour l'historien, à part celle du langage, est peut-être de savoir se libérer de certaines références à l'expérience historique. Beaucoup de problèmes se sont présentés de la même façon il y a longtemps. Ceci nous pose le dilemme de savoir si en parlant de théorie et de pratique, nous faisons référence seulement à la relation qui peut s'établir entre une théorie et un certain moment historique, ou bien si nous voulons faire référence également à l'influence que peut avoir un groupe de théories sur une personnalité politique isolée dont l'action doit être considérée comme décisive pendant une période historique déterminée.

Quant à la série de problèmes qui se posent, il faut souligner particulièrement que la distinction entre les théories politiques fausses et vraies, valable dans d'autres sciences, est impossible dans une méthodologie de l'historiographie des doctrines politiques.

On peut aussi considérer les relations de la théorie et de la pratique sur le plan historique d'une façon inverse, qui consiste à étudier l'influence qu'ont la vie historique, les institutions, la réalité politique et sociale d'une époque sur la naissance et l'élaboration des théories. Dans la plupart des cas, la théorie est non seulement continuatrice d'une expérience déjà commencée, mais surtout interprète d'un monde et d'une situation historique dont elle finit par devenir le symbole. Quelquefois les théories importantes se séparent à un moment déterminé du milieu historique où elles sont nées pour acquérir une espèce d'existence autonome, une durée ultratemporelle. Finalement nous devons considérer que beaucoup de théories se déforment avec le cours du temps jusqu'à paraître complètement différentes qu'à l'origine et que quelquefois on "cherche" les théories parce qu'il existe la nécessité d'une justification théorique des actions; que d'autres fois nous découvrons d'abord la "pratique" et ensuite les énonciations de certaines théories, tandis que dans d'autres occasions des théories dissemblables sont nées d'évènements qui sont la caractéristique d'une époque.

L'étude des théories politiques doit se faire en rapport avec leurs propres temps mais en observant leur développement comme un fil qui se dévide de son écheveau pour arriver jusqu'à nous.

S U M M A R Y

One of the first problems which arise when theory and practice relations in politics are studied, from the historical point of view, is the difficulty in accurately applying the correct terms. First of all the scope within which these relations are to be studied should be defined, and this is actually what we call "political science". This is not confined only to the pure political scientist. Historians, jurists, sociologists can all contribute to this study most effectively.

Perhaps the greatest difficulty for the historian, apart from the language drawback, is the art of being able to refrain from making certain references to historical experiences. Many problems have arisen in a similar way a long time ago. This brings us to the dilemma if, on speaking of theory and practice, we only wish to refer to the relation that could be established between a theory and a given historical moment, or if we also mean to refer to the influence that a group of theories can produce on any one political personality whose action ought to be considered as decisive in a given historic period.

Out of the series of problems that appear, one should especially underline the fact that distinction between erroneous and true political theories is impossible in a methodology of the historiography of political doctrines.

Theory and practice relations on a historic level are also considered in another different way, by studying the influence that historic life, institutions, political and social reality of an epoch, have over the birth and growth of theories. In most cases the theory is not only a continuing factor of an event already begun, but also an interpreter of a world and of a historic situation of which it ends by being a symbol. Sometimes important theories are separated, at a given moment, from the historic medium in which they were born, acquiring a sort of independent existence. Finally we should bear in mind that many theories are distorted with the passing of time until they appear completely different to what they originally did; that often theories are

"looked for" because of the need of theoretic justification for an action; that at other times we discover the "practice" first and then the declarations of certain theories later on, whilst on other occasions different theories have originated from events which are characteristic of the epoch.

Political theories, therefore, should be studied in relation to their own time, but should be observed according to their development like a thread that unravels itself from the skein.

